

Acero toledano en el Océano Pacífico

Autoría: Héctor J. Castro

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia militar y marítima	131-139	TDL-78-2022-131-139

RESUMEN DOCUMENTAL

Artículo dedicado a los enfrentamientos hispanos con piratas y corsarios asiáticos en el Pacífico durante la expansión ibérica de los siglos XVI y XVII. El autor sitúa el fenómeno de los wako chinos y japoneses en el contexto de las exploraciones y del establecimiento español en Filipinas, y destaca la capacidad militar de las fuerzas hispanas para adaptarse a enemigos, armas y escenarios muy diversos. El texto reivindica una dimensión menos conocida de la historia naval y militar española.

PALABRAS CLAVE

Pacífico · corsarios · piratería · Filipinas · wako · Imperio español · historia militar

CITA BIBLIOGRÁFICA

Héctor J. Castro. «Acero toledano en el Océano Pacífico». Torre de los Lujanes, n.º 78, 2022, pp. 131-139. ISSN 1136-4343.

Acero toledano en el Océano Pacífico

Por Héctor J. Castro Cuando pensamos en la piratería o el corso durante los siglos imperiales de España (XVI y XVII), lo primero que nos viene a la cabeza son los piratas ingleses u holandeses que operaban en el mar Caribe, o, también, los turcos y berberiscos del Mediterráneo; pero hubo otros no menos peligrosos e importantes, no obstante más desconocidos hoy en día, que son los piratas y corsarios asiáticos: chinos y japoneses, sobre todo.

A estas armadas piratas se las conoce en las crónicas con el nombre de *wako*, y tuvieron su apogeo en los siglos XII y XIII. Por lo tanto cuando los portugueses, y posteriormente los españoles, llegaron a esas aguas y se enfrentaron a ellos, su edad de oro había pasado, pero no estaban acabados, ni mucho menos.

Pero, para hablar de la piratería en el Pacífico debemos remontarnos a las grandes exploraciones que hicieron posible ese choque de culturas, y que se dieron, en su mayor parte, entre el ocaso del siglo XV y los albores del XVI.

Podríamos establecer como los más importantes los siguientes:

- Descubrimiento de América (1492)
- Llegada de Vasco de Gama a la India (1498)
- Descubrimiento del Pacífico por Núñez de Balboa (1513)
- Vuelta al mundo de Elcano-Magallanes (1522)

Estos viajes y descubrimientos abren la puerta, ya de manera definitiva, a la unión marítima de los continentes, en lo que significa la primera gran globalización, en la cual España y Portugal tuvieron un papel decisivo, y que motivó un intercambio humano, tecnológico, comercial, militar, etc...

Primero fueron los portugueses, quienes instalaron algunos presidios en la India y Sumatra, para formar parte del bullente comercio del Lejano Oriente, y enviaban sus carracas¹, a través de la que llamaban Carrera da India, desde Lisboa hasta Goa y de allí al Cipango y Catay, es decir, Japón y China.

Por su parte España, que en la década de 1540 estaba en pleno apogeo imperial de Carlos V, no quiso quedarse atrás y también comenzó a buscar en Asia, como ya hacía en América, regiones en las que establecerse y alcanzar nuevos mercados en la jugosa fuente de las especias.

Los objetivos de lusos y castellanos son comunes y principalmente dos: el comercio y la evangelización. Por supuesto,

¹ Antigua nave de transporte de hasta 2000 t, inventada por los italianos

surgen también problemas entre ellos, al tener que debatir qué zona de influencia corresponde a cada uno. Se establece entonces el tratado de Zaragoza, a semejanza del de Tordesillas, que otorga el derecho sobre las Molucas a Portugal y el de las Filipinas a España.

Las primeras expediciones españolas, sin embargo, no tuvieron el éxito esperado. En 1542, el marino Ruy López de Villalobos viajó hasta la isla de Mindanao, en el archipiélago filipino, pero no fue capaz de encontrar la ruta de vuelta a México por el Pacífico, por lo que tuvo que regresar a España siguiendo la ruta portuguesa de Malaca, Goa y Lisboa. Otro navegante, Ortiz de Retes, lo vuelve a intentar poco más tarde y también fracasa.

En 1565, ya reinando Felipe II, se vuelve a enviar una expedición a Filipinas con el objetivo de asentarse definitivamente en las islas y establecer una ruta comercial con la China. Organizan dicha expedición dos veteranos de Nueva España, don Miguel de Legazpi y fray Andrés de Urdaneta. Zarpan de Puerto Navidad hacia las islas de Poniente (a las que Villalobos ya había bautizado como Filipinas), a las que consiguen llegar sin dificultades. Una vez allí, Miguel de Legazpi, junto a un pequeño contingente de soldados, frailes y auxiliares, se encarga de tomar posesión de las sucesivas isletas que va encontrando, mientras que Urdaneta, embarcando de nuevo, sale en la búsqueda de la vía de regreso a Nueva España, empresa que finalmente logra al arribar a la bahía de Acapulco en octubre de ese mismo año, lo que inaugura lo que se conocerá en el futuro como la vuelta de Poniente, y que permitirá, al enlazar Asia con América, el primer comercio verdaderamente global, en el que participan tres continentes.

Por su parte, Legazpi continúa con su misión conquistadora. Las Filipinas que él se encuentra son un laberinto de cientos de pequeñas islas, habitadas por pueblos indígenas que se ignoran o pelean entre sí, y que muchos están sometidos por los sultanatos del sur como los de Brunei o Joló. Así que, acordándose de las tácticas ya empleadas por los capitanes de la conquista de las Indias Occidentales, Legazpi se aprovecha de la situación revuelta del archipiélago y, forjando alianzas con los tagalos o los papangos, les ayuda a liberarse de los musulmanes, a cambio de que acepten la autoridad del rey de España.

La táctica da sus frutos, no obstante el proceso es gradual y complejo, debido principalmente al reducido número de los conquistadores, por lo que las labores diplomáticas son arduas y copiosas. En 1570, tras varios años de avance lento pero seguro, Legazpi y sus hombres llegan a Luzón, la isla más importante del archipiélago, y se hacen con el control de Maylad tras derrotar a las tropas del rajá Soleiman, el cual abandona el lugar. Los españoles construyen allí un fuerte y rebautizan la ciudad con el nombre de Manila, que será, a la postre, la capital de Filipinas.

Durante los primeros años, el asentamiento español en Manila no deja de crecer. Se construye el palacio de gobernación, la iglesia y el hospital, así como nuevas fortalezas, merced a la rica ruta comercial abierta entre los reinos orientales, como Siam y la China, el archipiélago filipino y el virreinato de Nueva España.

Mas, como siempre ocurre en las zonas donde abunda el comercio, también abunda la piratería, y los españoles no tardaron en sufrirla. Lo primero que les llamó la atención es la enorme cantidad de naves que las flotas piratas de Oriente eran capaces de reunir.

Algunas incluso podían llegar a 30 o 40 navíos, casi como la armada naval de una nación. Sin embargo, estos barcos llamados *juncos*, no estaban artillados, lo que los dejaba en clara desventaja contra los europeos, pese a ser éstos siempre inferiores en número.

En el año de 1574, cuando el asentamiento español en Manila todavía era muy precario, se produjo el brutal ataque del pirata cantonés Li Ma Hon, quien llegó con una copiosa armada y precedido de su fama. Hasta cuatro mil hombres había llegado a reunir, entre los que había, además de chinos, camboyanos, coreanos y japoneses, como su lugarteniente, un tal Sioco, antiguo guerrero samurai de las guerras civiles de su país, que se había metido a la piratería.

Li Ma Hon y Sioco desembarcaron a su tropa al amparo de la noche y asaltaron la ciudad, pegando fuego a las primeras casas y matando a todo el que se encontraban. Pero los españoles, a pesar de ser muy pocos (apenas 300), consiguieron organizar una defensa y, con la ayuda de los nativos tagalos y sangleyes, derrotaron a los piratas y acabaron además con la vida de Sioco, quien fue derribado de un tiro de arcabuz en medio de la refriega.

Manila se había salvado tras una dura lucha, pero los problemas con los piratas no terminaron ahí. Ocho años después, en la primavera de 1582, llegan noticias de que una armada de piratas del Japón (como se les conoce en las crónicas de la época), liderados por un tal Tay Fusa, está atacando pueblos costeros y barcos de mercancías en la punta norte de las Filipinas, una zona llamada del gran río de Cagayán, el cual tiene allí su desembocadura. El gobernador Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, y el recién nombrado obispo fray Domingo Salazar, alarmados ante la amenaza que esto supone para la importante ruta comercial chino-española, deciden enviar con

premura una expedición con el objetivo de expulsar a dichos piratas del archipiélago.

La guarnición de Manila es a la sazón poco numerosa, y el gobernador sólo es capaz de reunir una pequeña tropa compuesta por 60 soldados criollos de Nueva España (españoles nacidos en México), 200 aliados tlaxcaltecas y otros tantos tagalos de Filipinas, más algunos auxiliares sangleyes que van como gente de mar y remo. El mando recae en un veteranísimo soldado y marino llamado Juan Pablo de Carrión, de sesenta y nueve años de edad, pues, en tales momentos, no hay otro disponible.

Zarpan del puerto de Manila en dos navíos de guerra, una galera y un bergantín, más cinco sampanes ligeros, y, a mediados de junio, ponen proa al norte, hacia el Cagayán. El primer encuentro con los japoneses se produce en mar abierto. Los españoles avistan un barco que por las trazas enseguida les parece un junco pirata, y deciden atacarlo sin demora. Tras un reñido combate, los japoneses al fin se rinden. Es interesante la descripción que el padre Cristóbal, capellán de la tropa, hace de estos piratas: «saltaron a nuestra tamboreta con armaduras negras y yelmos cornudos, y otros con sayos de colores y rapadas las cabezas o cubiertas de sombrerones planos, y atacaron haciendo riza con sus catanas, que son como alfanjes unas, y otras como montantes».

Una vez alcanzada la desembocadura del río Cagayán, los españoles se encuentran con dieciocho barcos de la flota de Tay Fusa. Teniendo en cuenta su inferioridad numérica, Carrión decide internarse en el río, desembarcar en una zona apropiada y hacerse fuerte en tierra, donde poder cavar un pozo para tener suminis-

tro de agua dulce. Allí, en una colina cerca del río, los españoles construyen algunas defensas de madera, fajina² y estacas. Los japoneses, entre setecientos y mil hombres, les rodean y atacan, pero el astuto Carrión había hecho traer de la galera algunas armas ligeras de artillería, y tras efectuar varias descargas de metralla que matan a docenas de japoneses, éstos se retiran.

Tay Fusa piensa ahora otra estrategia y espera a que llueva, para que la pólvora se moje y las armas de fuego españolas queden inutilizadas. No le sirve sin embargo la treta, pues cuando efectivamente cae el primer aguacero, y el ataque japonés se produce, los españoles los rechazan a pica y espada, en un brutal cuerpo a cuerpo que dura varias horas, y que deja cientos de muertos en el fango. Al final, muchos piratas perdieron la vida, y Tay Fusa, comprendiendo que el precio por derrotar a los españoles, si es que lo conseguía, sería demasiado alto y no valdría la pena, se hizo a la vela y no volvió nunca más a las Filipinas.

Y cabe destacar que, en el caso de Cagayán, y esto es muy interesante, el grueso del contingente español no estaba formado por españoles peninsulares o criollos, sino por aliados tlaxcaltecas y tagalos, quienes, armados a la española y dirigidos por oficiales españoles, vapulearon a los japoneses en el cuerpo a cuerpo, demostrando la clara superioridad europea frente a las arcaicas tácticas de los piratas asiáticos; pues tanto los españoles como los portugueses los vencieron en todos los enfrentamientos medianamente importantes que se produjeron, pese a ser siempre inferiores en número, y esto es debido a la ventaja de su mejor armamento, mejor estrategia y, sobre

² Haz de ramas delgadas muy apretadas que usaban los ingenieros militares especialmente para revestimientos.

todo, mayor experiencia en distintos frentes y mayor capacidad de adaptación.

Cuando los españoles llegaron a Asia, llevaban un siglo recorriendo el mundo, peleando contra todo tipo de enemigos y en todo tipo de terrenos y situaciones; en cambio los japoneses o los chinos, solo se conocían entre ellos y apenas habían salido de sus aguas. En suma, los occidentales ya habían adquirido masivamente arcabuces, mosquetes y cañones, y adaptado su manera de combatir a ellos; por su parte, los orientales usaban poco la pólvora y de un modo muy rudimentario, fiando la lucha a los asaltos frontales cuerpo a cuerpo, táctica que en Europa ya llevaba mucho tiempo superada.

Y para finalizar, la prueba que creemos más definitiva de la superioridad occidental es que a partir de 1600, los daimios, o señores de la guerra japoneses, se apresuraron a comprar armas y armaduras españolas, milanesas o alemanas, mucho mejores que las suyas, y a organizar sus ejércitos a la europea, usando picas, mosquetes y cañones. En cambio, los europeos, en este caso españoles y portugueses primero, e ingleses y holandeses después, no copiaron a los japoneses en nada, porque no les convenía.

Y es que ese debate que se ha producido en los últimos años, en parte motivado por la visión de los samuráis que ha dado el cine y los comics, de que si eran mejores guerreros unos u otros, queda totalmente zanjado al observar la realidad.

Los samuráis eran grandes guerreros para pelear contra otros samuráis, pero en el siglo XVI un soldado español no tenía rival. Durante ciento cincuenta años, los soldados y aventureros del rey

de España pelearon contra moros, turcos, franceses, venecianos, holandeses, alemanes, ingleses, cientos de tipos de indios, chinos, camboyanos, japoneses... y los vencieron a todos, por tierra y mar. Ningun soldado en la historia militar puede presentar semejante currículum, y eso es algo que todos debemos conocer, y por lo que debemos sentirnos profundamente orgullosos.

Héctor J. Castro. Abril 2022